

## IV. Instinto, razón y moralidad

---

### 1. **Apetitos y aversiones: las fuentes de toda actividad voluntaria**

Cuando estudiamos ampliamente la vida de las aves más pacíficas o de otras clases de animales no humanos —como hicimos en el capítulo anterior— advirtiendo lo bien que sus modelos heredados de comportamiento los equipan para llevar a cabo las actividades que les son necesarias, adaptarse a otros de su propia clase, e incluso alcanzar un grado tal de armonía en sus relaciones con otras especies que apenas podemos contemplarlo sin sentirnos avergonzados del evidente fracaso de los seres humanos en este ámbito, nos vemos impelidos a hacernos algunas minuciosas preguntas. Si, careciendo de estudios éticos y de máximas morales, otros animales de sangre caliente consiguen ordenar en general sus vidas tan adecuadamente, ¿cuál es la ventaja de nuestra moralidad autoconsciente, con esos ideales y estándares que mantenemos frente a nosotros únicamente para violarlos, convirtiéndolos así en fuente de vergüenza y dolor? ¿Por qué tendremos esta clase de moralidad, cuando otras criaturas viven tan bien sin ella? ¿No sería mejor abandonar el tenaz esfuerzo de vivir en conformidad con reglas morales que sólo logramos romper, y seguir por el contrario nuestros impulsos naturales, como hacen aparentemente otros animales?

Examinando esta situación todavía más extensamente, podemos preguntarnos si la sustitución del tipo de regulación del comportamiento que prevalece en otros animales por el que encontramos en nosotros —es decir, si la transición

de la protomoralidad a la moralidad— ha sido un verdadero progreso. Cuando contemplamos, como hizo Cicerón hace dos mil años<sup>1</sup>, todo el desorden y el sufrimiento que el mal uso de la razón ha traído al mundo, podríamos preguntarnos si el crecimiento de la inteligencia y del tipo de moralidad que va con ella no representa más bien un extravío de la armonización, que podría haber llevado a la creación a un nivel superior continuando el perfeccionamiento de la protomoralidad, sin las complicaciones de las que ha sido responsable el ser humano. ¿Cómo puede la moralidad, en el sentido estricto de la palabra, hacer progresar la causa de la armonización? A estas preguntas nos dirigiremos ahora.

En todos los animales, ya sea que clasifiquemos su comportamiento de “instintivo” o de “racional”, las fuentes de actividad son esencialmente las mismas. Esas fuentes son los deseos y apetitos que los llevan a buscar ciertos objetos o a colocarse en cierta relación con su ambiente, y los miedos o aversiones que los impelen a evitar otros objetos o condiciones que puedan resultar perjudiciales o desagradables para ellos. Quizá no sea una exageración decir que el apetito es la única causa efectiva de la actividad animal espontánea, y que puede ser positiva, llevando a la criatura hacia ciertos objetos o hacia ciertas situaciones, o negativa, obligándolo a rehuir de otros objetos y situaciones, siempre y cuando sea libre para actuar. Este análisis nos permite hacer una instructiva comparación entre los apetitos de los animales y los tropismos de las plantas, que también son positivos y negativos. Así, los verdes vástagos verticales

son por regla general positivamente fototrópicos y negativamente geotrópicos: se inclinan hacia la luz, rehuyendo la influencia de la gravedad. Una raíz primaria, por el contrario, es negativamente fototrópica y positivamente geotrópica: se desvía de cualquier fuente de luz, y se dirige hacia el centro de la Tierra. Estos movimientos, íntimamente relacionados con las funciones vitales de cada órgano, son expresiones de tensiones orgánicas homólogas a los apetitos e impulsos que causan todas las actividades espontáneas en los animales. En todos los seres vivientes las fuentes primarias de actividad son similares.

Alguien podría preguntar cómo pueden las actividades meramente intelectuales o espirituales de los seres humanos calzar en este modelo. La mente, al emanciparse de su condición primitiva de sirviente administrador del cuerpo, llega a parecerse en algunos aspectos a un organismo independiente, aunque uno cuyo bienestar está estrechamente ligado al del cuerpo animal en el cual reside. Una mente tiene su propia vida, más o menos distinta de la de su cuerpo. Su apetito de conocimiento, que llamamos curiosidad, su deseo de entendimiento, su miedo a caer en errores, su aversión a la fealdad, estos apetitos, positivos y negativos, están relacionados con la vida del espíritu de la misma manera en que el hambre y la sed, el miedo a caer y los esfuerzos para evitar fríos y calores extremos, están relacionados con la vida del cuerpo. Sin ellos no habría actividades meramente intelectuales o estéticas, así como sin los apetitos animales no habría actividades físicas más allá de funciones involuntarias como la respiración, la circulación, la secreción y otras de este tipo. La mente, como el cuerpo, tiene apetitos que son primarios y que no pueden ser divididos en otros más simples. Estos apetitos, orgánicos e intelectuales, son los impulsos o pulsiones responsables de toda actividad voluntaria.

## 2. Una comparación entre la orientación instintiva y la racional

Por sí mismo, un apetito es tan indefenso como un gorrión recién salido del cascarón. Sólo puede levantar su ciega cabeza, con la boca bien

abierta, esperando que sus padres dejen caer algo en ella. El estómago pide alimento, pero no sabe dónde encontrarlo; suspira por agua, pero debe ser llevado hasta la fuente; incluso la sed de conocimiento que sufre la mente requiere de otras facultades para ser satisfecha. Considerando los animales como un todo, y dejando de lado esas reacciones simples y directas que llamamos reflejos, existen dos maneras en que se satisfacen los apetitos: mediante actividades racionales y mediante actividades instintivas. La diferencia fundamental entre el instinto, hasta donde lo entendemos, y la razón, reside en el grado de rigidez de los patrones de comportamiento. Los patrones instintivos tienden a ser fijos e inflexibles; los patrones racionales a ser más fluidos y dúctiles. Mirada en el plano de la actividad mental consciente, la diferencia entre instinto y razón parece residir en el grado de libertad que tenga la asociación de ideas. El instinto puede ser llamado una asociación fija de ideas o sus equivalentes cerebrales; la razón, una asociación libre de ideas. Puesto que hay múltiples grados entre una estricta inflexibilidad y una libertad perfecta en la actividad mental, casi no podemos trazar una frontera definida entre razón e instinto. Incluso animales tan inferiores en la escala zoológica como las lombrices<sup>2</sup>, pueden en cierto modo aprender, lo cual indica algún grado de libertad en la asociación de ideas o sus equivalentes; la testaruda adherencia de algunos humanos a viejos errores, incluso después de haberles sido demostrada la verdad, prueba que nuestros procesos mentales están muy lejos de la libertad perfecta.

El instinto orienta un impulso hasta la acción según maneras determinadas por la herencia, canaliza el esfuerzo y regula la actividad. Que prevea o no los fines de la actividad, es una pregunta que no necesitamos resolver aquí; pero es claro que orienta la actividad tal como los rieles orientan al tren. La inteligencia, donde está bien desarrollada, tras sentir el apetito o la necesidad visualiza qué podría satisfacer tal necesidad, hace un repaso de todos los medios posibles, y finalmente decide cuál curso de acción llevará más fácilmente y más rápidamente al objetivo deseado. El contraste entre el comportamiento racional y el instintivo puede ilustrarse

considerando las ventajas relativas de viajar por tren y caminar. Si el objeto del apetito resulta estar situado en una línea de ferrocarril establecida y los rieles están despejados, el tren instintivo probablemente llevaría sus pasajeros hasta allá con el menor esfuerzo en el menor tiempo. Pero, si la línea directa está bloqueada por un derrumbe o un descarrilamiento, el caminante racional se desviará de alguna manera alrededor del obstáculo, alcanzado su destino antes que el tren instintivo, que estaría atascado. Además, si el objetivo está en un punto al que no llega el sistema de rieles instintivos, solo la inteligencia puede llevarnos hasta él.

Las implicaciones para la moralidad de esta diferencia entre razón e instinto son de importancia, y no han recibido nunca, hasta donde sé, la atención que merecen. El instinto limita estrictamente los medios por los cuales puede satisfacerse un apetito o un deseo. Estos métodos, los patrones innatos de comportamiento, son por lo general controlados genéticamente; de modo que, como otros rasgos hereditarios, cambian por mutaciones y están sujetos a la selección natural, razón por la cual pueden eliminarse innovaciones perniciosas, mientras que las favorables a la raza serán preservadas y difundidas a través de la población. Por ejemplo, en algunas especies de aves en las cuales sólo las hembras acostumbran calentar los huevos, encontramos ocasionalmente machos aberrantes que por turnos se sientan sobre el nido. Si para la especie fuera ventajoso que el padre ayudara en la incubación, sería de esperar que la estirpe en la cual adquirió este hábito reemplazara gradualmente los linajes donde esto no se practica, con el resultado de que tanto la incubación paterna así como la materna prevalecerían eventualmente en la especie. En cambio, tomando el caso contrario, si en una de esas numerosas especies de aves donde ambos progenitores comparten la tarea de calentar los huevos, algún macho perdiera este hábito, la pareja podría tener escasa descendencia y este cambio perjudicial no se perpetuaría.

De este modo, el comportamiento instintivo, carente de máximas o exhortaciones morales, se acerca estrechamente al Imperativo Categórico kantiano: "Actúa únicamente según aquella

máxima que desearías que se convirtiera en ley universal." O lo que es lo mismo, "actúa únicamente de la manera que desearías que todos los otros individuos de tu clase imitaran en circunstancias semejantes". En general, los animales guiados por el instinto de hecho se comportan como si desearan que su conducta se convirtiera en ley universal, al menos para sus especies particulares. Estos patrones innatos de comportamiento son, de hecho, las "leyes naturales" o reglas de conducta que el naturalista lucha por descubrir cuando estudia la historia vital de cualquier clase de animal libre.

### 3. Cómo limita el instinto las actividades perjudiciales

Las limitaciones del comportamiento instintivo son curiosas e instructivas. Entre los grandes saltadores gorjianteados, gorriones verde oliva distribuidos ampliamente por la América tropical, los nidos están usualmente desperdigados en matorrales y plantaciones en lugar de estar concentrados en sitios particulares. En una oportunidad, sin embargo, encontré dos nidos, ambos con huevos, separados solamente por ocho pies en arbustos de café vecinos: un descubrimiento muy inusual. Una de las hembras que estaban incubando dominaba claramente sobre la otra, que de alguna manera había perdido las plumas de su cola. Cada vez que la saltator dominante se acercaba o dejaba su propio nido, miraba el nido de la otra y, si la saltator sin cola estaba allí incubando sus dos huevos azules, la primera la perseguía rápidamente a través de la plantación, hasta el matorral vecino. Esto sucedía docenas de veces cada día. Pero la saltator tímida era persistente, y a pesar de las innumerables interrupciones, se arregló para empollar uno de sus huevos después de un inusualmente largo período de incubación. El ave más beligerante, mientras dejaba y volvía a sus polluelos, continuó ahuyentando a su vecina del nido y de su cría, y algunas veces miraba dentro del nido. Luego, la vista de la boca roja y abierta del bebé de su vecina ausente podía estimular a la saltator dominante a poner en él el alimento que había traído para su propia familia.

De tiempo en tiempo incluso se sentaba en el nido de su vecina sin cola, calentando el polluelo cuya madre ella misma había espantado.

Este fue un comportamiento sumamente inconsistente. Si la saltator beligerante hubiera logrado forzar a su tímida vecina a abandonar definitivamente el nido, los huevos se hubieran perdido, o el pichón hubiera muerto de hambre y exposición a la intemperie. Si hubiera quebrado los huevos o matado al polluelo, la vecina indeseada hubiera abandonado su nido y, lo más probable, se hubiera alejado suficientemente para construir otro —el resultado que aparentemente buscaba la beligerante—. ¿Por qué, entonces, la saltator dominante no cumplió fácil y sutilmente su cometido, destruyendo el contenido del nido de su vecina? O bien algo parecido a una inhibición moral le impidió cometer un infanticidio, o bien nunca se le ocurrió hacerlo. Dado que el logro de su aparente propósito de que su vecina abandonara permanentemente el nido habría tenido precisamente el mismo efecto que una destrucción directa de los contenidos del nido, podemos concluir que la beligerante nunca pensó hacerlo. No es posible que haya deseado adoptar la familia de su vecina sin cola, pues si su pareja no la ayudara a incubar y criar, ella sola no hubiera podido calentar los huevos y los polluelos en dos nidos distintos; y los saltadores machos generalmente restringen su participación en las labores paternas de alimentar las crías.

Este es un único ejemplo de la siguiente regla general: la inflexibilidad de las asociaciones mentales de un animal limita el número de maneras en las que puede hacer daño. Presenciamos la misma limitación en esas muchas especies de aves —mencionadas en la sección 6 del capítulo anterior— que aparentemente nunca luchan entre ellas. Claro que sí entran en disputas por machos o sitios de anidamiento, pero estas disputas se resuelven por logomaquias y posturas donde no cabe la violencia. Parece que a estos pajaritos nunca se les ocurre que sus picos pueden servir para arrancar las plumas de sus adversarios, o incluso para destruir un ojo. Ciertamente no son tan destructivos como podrían ser.

La inflexibilidad de sus procesos mentales, que les impide a las criaturas no humanas ser tan dañinas entre sí —y hacia sí mismas— como podrían ser si tuvieran una mente humana y la capacidad humana para odiar, puede también operar como una desventaja. Mientras miramos a un cuadrúpedo o a un ave tratando en vano de lograr algo, sea alcanzar comida, construir un nido, o escapar de un enemigo, ¿cuántas veces no hemos deseado poder demostrar lo que *nuestra* inteligencia podría conseguir con los medios que el animal tiene a su disposición? En algunas ocasiones he observado a fieles padres de aves cargar diligentemente alimentos a polluelos que estaban destinados a morir, debido a que su nido, pobremente sujetado, se desprendería antes de que sus ocupantes pudieran volar. Estaba seguro de que con sólo un pico como herramienta y con fibras vegetales fácilmente accesibles como hilo, yo podría haber tejido esos nidos más allá de mi alcance, y que podría haber salvado a los polluelos. Pero estas aves construyeron de una vez por todas; una vez que sus crías rompieron el cascarón, ellos quedaron mentalmente incapacitados para regresar a una etapa anterior de su ciclo y reparar los daños, sin que importara cuán gravemente se necesitaran.

Similarmente, algunos animales muestran una inflexibilidad asombrosa en su manera de comer. Un experimentador, cuya curiosidad excedió su humanidad, demostró que algunas aves, cuya dieta normal consiste de insectos y otras criaturas pequeñas atrapadas en movimiento, preferirían, en cautividad, morir de hambre antes que comer alimentos del mismo tipo pero muertos e inmóviles. “¡Estúpido, ciego instinto!”, exclamamos. Sin embargo, cuando los humanos se someten a la tortura y la muerte en lugar de desviarse de sus costumbres ancestrales o cometer algún acto que para ellos fuera incorrecto, incluso al respecto de lo que para la mayoría parecería algo muy trivial, como hacer una reverencia a un ídolo o comer algún alimento prohibido, lo admiramos, casi siempre a pesar de la razón. ¿Acaso la fidelidad a las tradiciones de la raza no es igualmente admirable en una especie animal como en otra?

#### 4. Cómo incrementa la razón el alcance de la conducta perjudicial

Donde el instinto ve una o pocas vías bien probadas para satisfacer un apetito, una inteligencia desarrollada ve muchas vías, las cuales varían infinitamente con las cambiantes circunstancias de la vida, e incluso en nuevas contingencias pueden resultar sin precedente en la historia de la especie. Los apetitos de los animales son en alto grado mutuamente excluyentes; ahora hambre, ahora sed, ahora deseo de calidez y abrigo, ahora la urgencia sexual ocupa el centro de la consciencia y recluta todas las facultades que puedan ayudar en su satisfacción. Cuando la inteligencia es libre y abundante, pero está controlada únicamente por el apetito, guiará al animal hacia la satisfacción del deseo dominante por la ruta más fácil y corta, indiferentemente del bienestar general del individuo o de su especie. La reflexión más superficial hace evidente que nada podría ser más peligroso para un animal que súbitamente dotarlo de una mente activa, capacitada para la libre asociación de ideas, sin proveer al mismo tiempo algún medio que impida que cada nuevo deseo tome posesión de la inteligencia, usándola para la obtención de la satisfacción sin reparar en las últimas consecuencias.

La existencia actual de la humanidad testimonia que nunca ha habido, desde que apareció el hombre, un tiempo donde la inteligencia de cada individuo no haya estado sujeta a alguna restricción o algún control que limitara, según el interés de la especie o de la sociedad, el grado al cual podría ser reclutada para el servicio de cada uno de sus cambiantes apetitos. La firmeza del hábito y la presión social parecen ser las principales fuerzas responsables de la conservación de la humanidad a través de su largo y peligroso período de transición desde el control instintivo de la conducta hasta el control racional. Incluso cuando la razón señala un modo nuevo e intrínsecamente más sencillo para satisfacer un deseo, el hábito casi siempre nos obliga a continuar obedeciendo un método suficientemente probado.

En un animal altamente social e imitativo como el ser humano, la sociedad actúa todavía con mayor poder que el hábito personal para pre-

servar patrones tradicionales de conducta y prohibir al individuo satisfacer sus deseos mediante procedimientos que lesionen a la comunidad. En todos los animales superiores los individuos varían considerablemente en inteligencia. Alguno de inusual viveza mental que descubra un método novedoso para satisfacer deseos, puede resultar antagónico con vecinos más estúpidos o conservadores, cuya desaprobación puede ser lo suficientemente fuerte como para asegurar la conformidad con los procedimientos convencionales, o al menos para retrasar la adopción generalizada de la innovación. Cuando el individuo, al dirigir todos los recursos de su mente y de su cuerpo a la satisfacción de un único apetito dominante, provoca inconveniencias o injurias a sus vecinos, debe esperar represalias de una severidad proporcional al grado del daño. Así, ya en una etapa temprana de la historia de la humanidad encontramos tabúes y leyes encaminadas a reprimir el comportamiento socialmente pernicioso, o aquel que parezca serlo.

Gran parte de la miseria y la vergüenza que a través del período histórico ha pesado sobre la humanidad, debe atribuirse a las dificultades de efectuar la transición del control instintivo de la conducta al control racional. Con estos patrones innatos de comportamiento desintegrándose rápidamente y con su razón tan imperfectamente desarrollada, ¿acaso es sorprendente que el ser humano deba de tiempo en tiempo alcanzar niveles de degradación que raramente vemos en criaturas guiadas únicamente por el instinto? En nuestra problemática época actual de transición, la presión social es por mucho el agente más poderoso cuando se exige cumplir con conductas tenidas por buenas, y sin embargo es lastimosamente inadecuado. En primer lugar, los fines generalmente aceptados de las actividades humanas son aún estrechos y parciales, e incluso se quedan cortos con respecto a los ideales mantenidos hace dos o tres milenios por los individuos de más elevada sabiduría moral. En segundo lugar, los hombres escapan de la coerción social escondiendo sus actos de la sociedad, convirtiéndose en enemigos de la sociedad, o colocándose ellos mismos sobre la sociedad; satisfacen sus apetitos a expensas de los mejores intereses de su raza

ocultándole a sus vecinos sus pecados, convirtiéndose en fugitivos, o en tiranos y dictadores. La primera de estas categorías es la más numerosa; pero la última es la más peligrosa, pues la minoría que se entrega a ella puede compeler a grandes masas de personas a servir la egoísta sed de poder, de riqueza o de adulación del líder. Mientras las personas continúen haciendo de la inteligencia la sirviente de apetitos individuales, sin reparar en el bienestar de ellos mismos y de su especie, y mientras mayor sea el desarrollo de esta inteligencia y mayor sea su control sobre la naturaleza, más peligrosa llegará a ser la situación de la humanidad.

Como regla, en el comportamiento puramente instintivo el deseo más exigente puede encontrar satisfacción únicamente mediante un patrón de comportamiento que continúa existiendo porque es beneficioso para la especie, o al menos no definitivamente perjudicial; en el comportamiento racional —si no está adecuadamente controlado por la moralidad— el deseo desenfrenado puede apoderarse de los logros más elevados de la inteligencia y volcarlos hacia sus propios y execrables fines. *Las maneras como el instinto puede ser perjudicial están limitadas por el número de modos de comportamiento heredados; las maneras como puede ser dañina la razón están multiplicadas indefinidamente por la libre asociación de ideas.*

## 5. Efectos destructivos de la racionalidad naciente sobre la vida humana

Al leer la historia del hombre primitivo, en cualquier parte del mundo que lo encontremos, nuestra primera reacción muy probablemente será un sentimiento de enojo, o de indignación por sus múltiples crueldades. Seguidamente, quizá, vemos con asombro o desdén su confuso pensar y sus absurdas creencias. O podemos cargarnos de repulsión o náusea al contemplar una existencia tan bestial, tan indisciplinada si la comparamos con nuestros estándares, tan desconsiderada al respecto de los sentimientos de otros seres. Pero si continuamos estudiando y ponderando las costumbres del salvaje, nuestra actitud final es de

profunda lástima; pues contemplamos una vida que ha sido completamente trastornada y en muchos aspectos desintegrada por los comienzos de la actividad intelectual libre. Por momentos, la interrupción de los patrones instintivos anteriores parece resultar en un estado mental muy cercano a la locura. Nos preguntamos: ¿Pueden estar sanos hombres que actúen así? Pero al reflexionar sesudamente sobre la naturaleza del instinto y de la razón, vemos que no podría haber sido de otra manera: la intrusión de la actividad mental libre en una vida antes regulada por el instinto, inevitablemente produjo desórdenes profundos —disturbios tan severos que para establecer un nuevo patrón armónico de pensamientos y conducta se requerirían cientos o miles de generaciones—.

Aunque los relatos de las comilonas y orgías del salvaje tribal pueden forzarnos a concluir que era un hedonista cabal, mientras el tratamiento que daba a los prisioneros destinados a proveer la carne para sus banquetes caníbales sugiere que era un hedonista del tipo más insensiblemente egoísta, una consideración de su vida en conjunto nos convence de que esta manera de verlo es insostenible. El hedonismo es una de las artes civilizadas más difíciles; para practicarlo con resultados satisfactorios necesitamos mucha ciencia y mucha filosofía. El salvaje carecía de los principios más rudimentarios de epicureísmo; estaba demasiado cerca de las fuertes y primitivas corrientes de vida como para deliberadamente hacer del placer su meta. Para él, el negocio más serio de la existencia era sobrevivir y reproducir su especie, pero casi siempre se veía profundamente confundido acerca de cuáles serían las mejores vías para conseguir estas metas. Además, su inhabilidad para ser bondadoso incluso consigo mismo estaba a la raíz de su crueldad hacia los otros. Si no hemos aprendido a ser buenos con nosotros mismos, ¿cómo podemos ser beneficiosos para quienes nos rodean?

Leemos sobre los indios brasileños que después de tomar un prisionero de guerra, le dan una parcela de tierra para cultivar y una doncella de su tribu para que se case, y lo tratan como uno de ellos; aún así, ellos y él saben todo el tiempo que después de unos meses, o quizá años, él será asesinado de una manera espantosamente cruel para

proveer un banquete caníbal, cuyos horribles detalles es mejor no mencionar. Un padre Caribe se recluye por meses, ayuna, permite que acuchillen su piel y que froten sus heridas con sustancias irritantes, se somete a cien privaciones y restricciones e inconveniencias, todo para que su primogénito pueda ser fuerte y valiente; y el beneficio neto del bebé, a partir de todo este exceso de honorable devoción paterna es, hasta donde puede decirnos la ciencia, absolutamente nulo. ¡Un indio chaco, casi exhausto por la fatiga de la persecución, pincha sus extremidades con un punzón de diente de jaguar para drenar sangre y así fortalecerse y refrescarse! En un nivel cultural más avanzado, un emperador Inca enfermo, para asegurar su recuperación, ordena sacrificar al sol una hecatombe de víctimas humanas. Este no es el comportamiento de hombres que sean egoístas o crueles, sino el de hombres cuyo pensamiento y vida han sido profundamente desorganizados por una nueva e intrincada herramienta: la razón, cuyo uso los confunde y los desconcierta.

Comparada con las vidas problemáticas y confusas del salvaje y quizá incluso de los hombres civilizados, la vida de un animal con un patrón de comportamiento instintivo bien tejido parece estable, balanceada e integrada. Los medios, en general, están bien ajustados a los fines, sin una vana agitación por lo inaccesible, y casi sin luchar por alcanzar objetivos vitales mediante procedimientos inconexos u obviamente fútiles. Los hombres han estado luchando por sustituir la lógica de hechos y eventos, sobre la cual se establecen los patrones instintivos, por otra clase de lógica, la de ideas y palabras. Pero se requiere un vasto número de ideas, y una profunda comprensión de las relaciones entre ellas, para crear un cuerpo de conocimiento capaz de guiarnos a través de este mundo inmensamente complejo y desconcertante. Unas pocas ideas, una comprensión parcial de las relaciones entre los eventos, solamente nos confunden y embrutecen; así como cuando el salvaje, que ha observado correctamente que siempre que llueve las gotas rocían el follaje, cree que puede provocar una llovizna rociando agua en las hojas verdes. Sólo cuando la mente ha creado un mundo por completo nuevo,

que sea un facsímil o al menos una representación simbólica del mundo material, llega a ser un poco competente al tratar con este mundo. La superstición brota de nuestro fracaso al no entender la causalidad —ya sea en el ámbito de la física o en el de la moral y la religión—.

Cuando contemplamos la tremenda desorientación de la vida de la que es responsable la actividad mental libre, podemos comprender la convicción del místico de que para obtener la plenitud y la unidad él debe liberar su mente de la acción perturbadora del pensamiento racional. Dado que la vida en su nivel instintivo parece estar mejor integrada y en un contacto más estrecho con su fuente, no es absurdo suponer que si pudiéramos retornar a una etapa anterior, quizá hundiéndonos en las profundidades de nuestra “mente inconsciente”, podríamos recuperar la plenitud que han perdido los hombres, y experimentar esa gloria perfecta que puede ser ganada solamente por la integración completa del sujeto y su unión sin tacha con aquello que lo sustenta y lo abraza.

Sin embargo, el biólogo sabe que desandar el curso de la evolución es un esfuerzo vano. Incluso cuando un animal triunfa al retornar a un modo anterior de existencia, como cuando algunos mamíferos volvieron a la vida del mar, de donde habían emergido sus ancestros remotos, eso que retorna es profundamente diferente de aquello que emergió. Habiendo perdido la plenitud vital que perteneció a nuestros antepasados distantes y no humanos, cuyas mentes no habían todavía llegado a ser intranquilas, no parece haber salvación para nosotros si no es estableciendo una nueva integración a nivel racional. En esta nueva síntesis los impulsos vitales que compartimos con todos los animales deben preservarse, pero moderados y regulados por una inteligencia adecuada y un aguzado aprecio por nuestra relación con el todo. Pocas personas, quizá ninguna, han alcanzado jamás una integración perfecta en el nivel racional. Nosotros, que todavía experimentamos los incontables males que brotan de la imperfecta unificación del sujeto, deberíamos ser profundamente compasivos hacia los humanos que estén todavía a un nivel inferior de cultura, cuya recuperación del terrible golpe

del impacto de la actividad mental libre en la antigua vida instintiva quizá ha sido incluso menos completa que la nuestra. Toda la historia de la humanidad, no menos que toda su prehistoria, no es sino el registro clínico del nacimiento-agonía de la inteligencia, que una y otra vez amenazó con nacer muerta.

## 6. La falacia del naturalismo

Es comprensible que la contemplación de la historia de la humanidad, con su registro del uniforme fracaso de las convenciones sociales, de las enseñanzas religiosas y de las doctrinas morales en hacernos a la mayoría buenos y felices, debiera guiar a algunos pensadores a concluir que el único remedio de esta dolorosa situación es desechar todas estas creaciones humanas como basura inservible y regresar al edificante curso de la naturaleza. Sin embargo, el naturalismo ético resultante, como el de los cínicos o el de Rousseau, podría atraer únicamente a personas que no hayan estudiado adecuadamente el mundo natural. Lo más seguro es que ni el observador cuidadoso de los animales libres, que los ve satisfaciendo sus necesidades mediante procedimientos hereditarios bien probados, ni el antropólogo, que sabe que el "salvaje" es más formalista que la mayoría de personas "civilizadas", estarían de acuerdo en que las personas se vuelven buenas y felices simplemente por seguir sus incorruptos apetitos naturales. Si no están guiados por patrones instintivos de comportamiento, por costumbres sociales, o por sistemas de conducta racionalmente contruidos, tales impulsos nos llevan a situaciones dolorosas. Como los humanos han perdido todos los patrones innatos de comportamiento efectivos, deben basarse en un control social o racional —o algunas veces, en culturas avanzadas, en una combinación de ambos— si quieren evitar desastres.

Aunque los imperativos rígidos y las reglas cristalizadas no pueden ser jamás guías adecuadas para el comportamiento correcto, en conjunto hacemos mejor en seguirlas, al menos porque muy pocos de nosotros tenemos el ocio y la sabiduría para resolver cada problema de conducta

mediante deducción racional a partir de algunos principios generales orientadores. Lo que necesitamos no es tanto la relajación de patrones establecidos de conducta, sino su mejoramiento y amplificación de manera que cubran ámbitos enteros de actividad en los cuales, actualmente, la orientación no existe o es inadecuada. Y aparte de la inteligencia, no tenemos nada que nos ayude a perfeccionar el comportamiento. Podemos desear que los acuerdos sociales no frustren o distorsionen tan frecuentemente los impulsos vitales sanos, pero darle rienda suelta a estos impulsos, sin orientación racional, no mejoraría nuestra situación. Por el contrario, podría resultar en frustraciones más frecuentes y severas, pues sin una coordinación coherente ellos continuamente se opondrían y traicionarían unos a otros.

El germen de verdad en el naturalismo ético es que la mayoría de impulsos humanos, incluso hoy día, puede rastrear su ascendencia desde apetitos animales que promovieron el bienestar del individuo y de su especie, y que la inteligencia, todavía inmadura y sujeta a incontables aberraciones, en muchas ocasiones ha conducido estos impulsos por un mal camino. El remedio de esta situación angustiosa no es desconfiar de la inteligencia y de la orientación que nos da, pues esto nos dejaría aún más indefensos y desamparados que el más vil "bruto" instintivamente orientado; es usar la razón más cabal y concienzudamente para crear una sociedad en la cual una mayor proporción de nuestros impulsos vitales sanos pueda alcanzar su realización sin discordia o conflicto. La "bondad original" humana, como la de otros seres vivientes, es esa capacidad innata para organizar elementos separados en patrones coherentes, que es el rasgo más característico de la vida. Esta facultad cumple su fin por cualesquiera medios que la evolución le provea para hacerlo. En los humanos no tiene agente superior al intelecto y sus juicios morales. De esta forma es evidente que la causa de nuestro problema provee los medios para remediar el problema. La razón, al hacernos posible satisfacer nuestros apetitos por procedimientos que no han sido probados ni aprobados por un largo uso ancestral, hace de la orientación moral una necesidad; y solamente la razón puede suplir esa orientación.

Sin embargo, dudo que el control racional del comportamiento, en su nivel actual de desarrollo entre los hombres, sirva al interés conjunto de la humanidad de la forma como el control instintivo, con todas sus limitaciones, promueve el bienestar de muy diversas especies de animales. Nuestra única esperanza es que la razón humana podrá algún día alcanzar una estatura tal que la prevenga de la degradación de servir apetitos aislados, sin considerar cómo su satisfacción afecta la vida en conjunto del individuo y sus relaciones con otros seres. Anteriormente vimos que generalmente el comportamiento instintivo está ajustado al bienestar de la especie y que se acerca muy íntimamente al Imperativo Categórico kantiano. Por lo tanto, podríamos proponerle como meta a la actividad racional que se eleve al nivel del comportamiento instintivo en cuanto promotor de la prosperidad de la vida en conjunto, en lugar de prostituirse constantemente por la satisfacción de apetitos individuales.

## 7. Ventajas morales esenciales de la razón sobre el instinto

Dado que la conducta de los seres dotados de razón, tal como la presenciamos en el mundo contemporáneo, está todavía muy lejos de cumplir esa integración admirable de actividades que encontramos en el mejor momento del comportamiento instintivo, podríamos con justicia preguntar cuál es la ventaja de la inteligencia libre. ¿Cómo puede beneficiar a la vida tomada en conjunto? ¿Qué ganaremos si completamos satisfactoriamente la larga y peligrosa transición de un modo de control al otro? Dejando de lado, por el momento, la pregunta de si la actividad intelectual puede ser tomada como un fin en sí mismo, y considerándola meramente como un instrumento para traer armonía al mundo, hay, creo yo, tres ventajas sobresalientes que pueden alcanzarse mediante la sustitución del instinto por la razón.

Primero, la razón es capaz de discriminar con mayor fineza y sobre un campo más amplio que el instinto. Los patrones instintivos de comportamiento se ajustan generalmente al promedio

o a la situación prevaleciente; la razón, cuando está adecuadamente desarrollada, puede ajustarse a situaciones inusuales con tremendas ventajas morales. Por eso los animales, como regla, no se esfuerzan por atender o mantener a los enfermos y heridos de su especie. Incluso las especies sociales y gregarias parecen no reconocer estadios intermedios entre la vida en su plenitud y la muerte. Los compañeros adultos son tratados como miembros normales del grupo, capaces de bastarse a sí mismos en todo sentido, o son ignorados como aquellos a quienes la muerte ha removido final y permanentemente de su medio. O bien, como entre el ganado, la vista u olor de un compañero herido los confunde y desconcierta, haciéndolos comportarse en maneras extrañas e inexplicables. De hecho, se sabe que algunas especies de aves han alimentado a sus prójimos incapacitados, pero incluso entre ellos tal afán es raro.

La razón de esta negligencia al respecto de los enfermos y heridos por parte de los animales guiados por instinto parece obvia. Ajustar su comportamiento a los múltiples estadios existentes entre la plenitud de la salud y la quietud final de la muerte, o saber cómo tratar con las innumerables variedades de lesiones y enfermedades a las cuales está sujeta la carne, requeriría discriminaciones más finas y una mayor flexibilidad de la conducta de la que podemos esperar de cualquier animal gobernado por patrones innatos de comportamiento. Más aún, en los animales sujetos a depredación, como son la mayoría, el interés por los débiles y rezagados puede ser fatal para los fuertes y puede comprometer la existencia de la especie. Quedó para los animales racionales distinguir entre los dolientes y los muertos y desarrollar, lenta y torpemente, métodos para atender a sus compañeros enfermos y heridos.

La segunda superioridad importante de la razón es que sus beneficiosas innovaciones pueden diseminarse más rápida y ampliamente que las del instinto. Dado que una mejoría en un patrón instintivo parece ser usualmente resultado de una mutación genética, tal mejoría sólo está disponible para los descendientes directos del animal que la exhibió primero; y generalmente al

principio sólo es transmitida, hasta que se fija en la especie, a una porción de esos descendientes. Pero cuando un ser racional dotado de lenguaje ha hecho una provechosa innovación, puede, mediante la enseñanza y el ejemplo, difundir ampliamente esta mejoría entre sus contemporáneos, y a través de la escritura o de la tradición oral hacerla disponible a generaciones remotas que no sean de su propia progenie. Infortunadamente, las innovaciones perjudiciales realizadas por animales racionales pueden difundirse de la misma manera que las beneficiosas —frecuentemente éstas son aceptadas con mayor ansiedad por los contemporáneos— y en ausencia de un control rígido mediante selección natural casi siempre se establecen con una rapidez alarmante.

La tercera y sobresaliente ventaja de la razón sobre el instinto es su capacidad para distribuir beneficios a un área mucho más amplia, para incrementar el ámbito de la comunidad moral a una extensión prácticamente ilimitada. Los patrones innatos de conducta se ajustan primordialmente para asegurar la prosperidad de una única raza biológica; y los factores que gobiernan su origen, su sobrevivencia, y su transmisión son tales que les es difícil hacerse más inclusivos. Sin embargo el comportamiento instintivo no puede ser del todo insensible a las demandas de otras formas de vida. Cada criatura viviente es miembro de una compleja comunidad de animales y plantas, y su bienestar está sutilmente ligado con el de vecinos de las más diversas clases. Cuando menos, es muy poco probable que sus instintos continuarán causando el deterioro de la comunidad de la cual es parte, pues esto podría llevar a su propio declive.

A pesar de que a menudo la razón aún se le queda corta al instinto en el rango de su beneficio, es intrínsecamente capaz de extender su bondadosa influencia mucho más ampliamente. El animal racional puede beneficiarse de una experiencia más vasta y variada que la de sus ancestros directos, y puede a su vez transmitir los tesoros de su sabiduría a seres racionales que no sean de su propia progenie. Puede tomar como su meta el bienestar no sólo de su propia comunidad inmediata, sino de todas las comunidades y de toda vida. Aún así, debe ser extremadamente cuidado-

sa en su proceder, y no debe jactarse superficialmente de su superioridad sobre el instinto. Los patrones instintivos se forman gradualmente mediante procesos naturales; son, en la mayoría de los casos, las conclusiones sopesadas —cuidadosa aunque inconscientemente— de la experiencia acopiada durante un período tan largo, un área tan extensa, y por tantos individuos, que la razón se aturde cuando intenta hacer y cotejar deducciones de tan amplia y diversa colección de datos. Permitámonos a nuestro intelecto hacerse tan poderoso como pueda: no será fácilmente como mejorará nuestros instintos milenarios.

Cuando en términos generales hacemos una revisión de toda la historia de la relación entre la inteligencia y la antigua vida instintiva a partir de la cual sobrevivimos, encontramos una reversión gradual en la dirección de la marcha de la razón. Aunque al principio nos aleja de la naturaleza, finalmente nos guía de vuelta a ella. Así, la inteligencia incipiente intenta mejorar o adornar el cuerpo humano —así como, algunas veces, también los cuerpos de los animales dependientes de nosotros— mediante todo tipo de deformaciones grotescas, distorsiones, cicatrizaciones, decoloraciones, y otras por el estilo; pero finalmente la mente en maduración reconoce que, cuando está en su mejor estado, el cuerpo en su forma natural es más donoso de lo que puede hacerlo el ingenio humano. El arte sigue estos mismos desplazamientos en el ideal de belleza. Al inicio, la inteligencia incipiente seduce a los hombres a realizar prácticas crueles, para las cuales no hay precedentes en la naturaleza; pero al madurar, la razón suprime estos repugnantes excesos. O bien la razón puede conducir a los humanos a intentar la extirpación de apetitos y emociones innatas; pero finalmente descubre que es mejor regularlas que suprimirlas. Un efecto temprano de las actividades racionalmente dirigidas es la insalubre aglomeración de millones de personas en grandes ciudades; pero finalmente la inteligencia demanda regresar a un entorno más natural.

De manera similar, la mente racional imperfecta accede a ser dominada y desequilibrada por apetitos particulares; pero, al perfeccionarse, la razón controla los apetitos y los impulsos animales, ordenándolos en un sistema que se asemeja a

un patrón innato de comportamiento, a pesar de que su origen es diferente. Por último, cuando la razón escapa totalmente a la dominación de determinantes secundarios de la actividad y, penetrando más profundamente dentro del núcleo de nuestro ser establece contacto con el determinante primario y se hace sensible a él, la razón —decía— lucha por hacer la comunidad moral tan armoniosa y extensiva como sea posible, incluyendo a todas las cosas dentro de su ámbito benéfico. Cuando por esta razón en maduración somos devueltos

a una concordia más estrecha con la energía creadora del universo, podemos orgullosamente declarar, con Wordsworth, “por divino derecho, y no de otra manera, Oh Naturaleza, somos vuestros.”

## Las relaciones morales

### Notas

1. En *De Natura Deorum*, Libro III, xxvi-xxxii.
2. W.H. Thorpe. *Learning and Instinct in Animals*. London: Methuen and Co., 1956. pp. 177-78.

Si a las personas caya instrucción moral también en aprender una lista de prohibiciones y les preguntara qué es la moralidad, contestarían a mi parecer, con un empujón negativo y no con uno positivo. Podrían decirnos que es no mentar, no robar, no matar, no codiciar, no tramar, ni de ninguna manera perjudicar al vecino. Si cuidadosamente se les preguntara qué rango ocupan estas cosas entre las prohibidas, responderían muy difícil respuesta. Podrían decir que todas estas acciones prohibidas causan dolor a las personas; sea corporal o mental, o que para ellas son perjudiciales. Esto es ciertamente verdadero, pero no adecuadamente discernido. La competencia en el comercio o en las profesiones produce gran privación y aflicción a aquellos que fracasan en ellas; castigar a los niños los hace infelices; y la práctica de la medicina y la odontología en familias abundantes de dolor incluso para aquellos que se ven beneficiados por estas artes; y aun así, hasta donde se en ninguna parte, las prohibiciones están prohibidas por el código moral.

El instinto esencial que controla las actividades está consistentemente prohibido por los códigos morales de las gentes civilizadas es que, por su propia naturaleza, no pueden ser a la vez habituales y permanentes, pues tienden a destruir las condiciones que las hacen posibles. Esta proposición será inmediatamente evidente para algunas cosas prohibidas; para otras su verdad no es tan obvia. Robar es un ejemplo del primer caso, en que robar los hombres es riqueza y la riqueza es producida o acumulada mediante el trabajo

propósito de obtener riquezas, solo porque tienen algunos esperanzas de poder mantenerlas y usarlas. Proporcionalmente a la disminución de la probabilidad de conservar sus bienes materiales, las personas redobtan sus esfuerzos de crearlos y procurárselos. Como caso extremo podemos imaginar una situación tan agresivamente depredadora en la cual nadie podría conservar hasta mañana lo que gana hoy. En tales circunstancias, ningún hombre sembraría ni labraría la tierra, nadie fabricaría vestidos ni morados ni herramientas útiles, nadie tan siquiera se preocuparía por reclamar tierras que no sería esperanza de conservar. Todos vivirían probablemente de alimentos recolectados en los bosques y demás; los apenes son encontrados. Sería imposible robar, pues no habría ningún tipo de propiedad. La condición que hemos imaginado es esencial al lenguaje en las tribus humanas más primitivas que conocemos, ni entre animales de muchas clases, que construyen parcelas de tierra respetadas por otras de su especie. Si robar es una actividad autorizada,

O tomemos el caso de la mentira. El lenguaje sirve como medio para la comunicación de ideas porque en general usamos consistentemente el mismo sonido para designar el mismo objeto, y la misma combinación de palabras para significar la misma relación o actividad. Esta es la condición indispensable de esta asociación de sonidos con cosas o ideas fijas que es el fundamento del lenguaje. Además, generalmente le damos credibilidad a los enunciados que escuchamos porque en general las escuchamos confiables.